

CUENTO POLICIAL

EL PANTANO

UN CASO DEL DETECTIVE ARMENTEROS

EN
PDF

MAURICIO
MURILLO

CUENTO POLICIAL

EL PANTANO

UN CASO DEL DETECTIVE ARMENTEROS

Mauricio Murillo, 2021
Título: El pantano
Ira edición: marzo 2021
Diseño y diagramación: Camila Jaimes Ascarrunz
La Paz – Bolivia

Suárez manejaba rápido sobre la carretera de tierra roja que bordeaba el pantano. El auto dejaba una estela de polvo escarlata. El olor del pantano era insoportable, el calor también, así que Armenteros dejó la ventana baja. Al otro costado del camino, la vegetación salvaje se esparcía por todo lado. Puro bicho, pensó Armenteros. Se había sacado el abrigo, pero seguía con la corbata, un poco suelta ya, y la camisa de manga larga. El bigote le traspiraba. Pasó la lengua por este y tragó las gotitas saladas.

–¿Cómo me había dicho que se llamaba? –dijo Suárez, el miembro de la policía local que lo había recogido de la estación, sin dejar de pisar el acelerador. Manejaba con una mano y la otra la tenía recostada en el marco de su ventana que también estaba abierta.

–Aldo Armenteros.

–Aldo Armenteros –dijo Suárez.

El detective había viajado casi dieciocho horas para llegar a Puerto Montes y no había querido descansar. A penas bajó del bus, Suárez le ofreció llevarlo a su hotel para que se refrescara, en la mañana podrían empezar el trabajo. Armenteros dijo que no, que era mejor

empezar ese mismo rato. Ya van a ser las seis, le había dicho Suárez, pero Armenteros no quería perder tiempo. Sabía que anoecía tipo diez, así que tenían unas cuantas horas para aprovecharlas.

Luego, Armenteros se subió al auto de Suárez y botó al asiento de atrás su maletín y su abrigo. Le pidió que lo llevara al lugar de los hechos, usó esas palabras. Tenían que cruzar el pueblo. Después de arrancar, en el auto que esquivaba transeúntes y motos sin mucho cuidado, Suárez le dijo a Armenteros que tenían que pasar por la casa de los Montes. Armenteros, frotándose la cara con una mano, preguntó la razón.

–Don Abraham quiere hablar con usted, quiere ayudar –dijo Suárez.

Armenteros sabía algo de la historia de los Montes. Hace décadas habían construido ahí su hogar, no se acordaba si el padre de Abraham o su abuelo. Se habían dedicado al ganado y amasaron un montón de plata. Luego se fundó el pueblo. Aunque ninguno de los Montes había sido alcalde, eran quienes decidían todo.

–Es en el camino hacia la casa de la difunta –dijo Suárez.

–Está bien –dijo Armenteros, en lugares así hay que jugar con las reglas locales.

El pueblo era pequeño. Pasaron menos de quince minutos y en el horizonte, Armenteros reconoció la casa de los Montes, una construcción blanca de dos pisos y bastante larga. El sol iluminaba el pantano que no se despegaba de la carretera. Todavía faltaban un par de horas para que anoeciera.

Suárez tampoco bajó la velocidad cuando pasa-

ron la portada que indicaba la entrada a la hacienda. Las rejas estaban abiertas. Suárez rodeó una rotonda que estaba frente a la casa y parqueó a pocos metros de la puerta.

–Va a ser un ratito, nomás, detective –dijo Suárez y bajó del auto. El portazo lo despabiló a Armenteros, que todavía no sabía muy bien qué hacían ahí.

Suárez subió las gradas de la entrada y tocó el timbre. Cuando Armenteros lo alcanzó se abrió la puerta. Al otro lado estaba un hombre joven, de la edad de Suárez.

–Cómo es –dijo Suárez–, lo hemos venido a ver a tu viejo un rato.

El joven posó la vista sobre Armenteros durante varios segundos. Al detective no le incomodó y le sostuvo la mirada.

–Pasen –le dijo el hombre a Suárez, nada más. Dejó la puerta abierta y se perdió en un salón del lado.

Suárez le dijo a Armenteros que, como iba a ser rápido, lo esperaran a don Abraham en el vestíbulo. Abraham Montes empezó a hablar desde la parte de arriba de las gradas, antes de que Armenteros pudiera verlo.

–Detective, estoy muy agradecido de que haya podido pasar por acá antes de las obligaciones que le esperan.

Abraham Montes era la versión avejentada del hombre que les había abierto la puerta. Se acercó a Armenteros y le extendió la mano. Su saludo era firme, exagerado, el saludo de un hombre que quería imponerse a partir de la mano.

-No le quitaré más que pocos minutos. Le he pedido a Richi que lo trajera primero porque quería expresarle mi completo apoyo -dijo Abraham Montes, había tardado en soltarle la mano-. Lo que esté a mi alcance.

Suárez se llamaba Ricardo, se había presentado así cuando se encontraron en la terminal. Armenteros solo agradeció, no dijo nada más.

-No se sorprenda, detective. Pocas cosas pasan en el pueblo sin que yo me entere -dijo Abraham Montes.

Armenteros agradeció otra vez.

-El crimen de Mandy se tiene que esclarecer -dijo Abraham Montes-. Era amiga de Ángela, mi hija. Era una compañera para ella. Aunque su familia no era cercana a la nuestra, Mandy desde chiquita venía acá a acompañarla a Baby. Cómo verá, es también algo personal.

Abraham Montes metió una mano al bolsillo y sacó un fajo delgado de billetes.

-Sé que las fuerzas del orden no están pasando un buen momento económico. Considere este aporte como un apoyo a la investigación. Úselo en lo que usted crea conveniente.

Armenteros agarró el fajo. Agradeció por tercera vez. Mientras acomodaba los billetes en el bolsillo de la camisa, su panza rugió. El problema de siempre. Esa gastritis crónica que lo acompañaba no iba a ceder ahí, ni siquiera en un clima y altura como las de Puerto Montes. Era algo que tenía desde niño. El dolor y la molestia habían disminuido con los años, pero los rugidos y los gases no.

–No los retengo más –dijo Abraham Montes.

Armenteros se despidió, comprometiéndose a encontrar al culpable. Nadie los despidió al salir. Armenteros giró la cabeza para mirar detrás de él antes de cruzar el umbral: Abraham Montes había desaparecido, tal vez había subido las gradas. Entraron al auto y Suárez arrancó derrapando. Al salir de la hacienda doblaron por la carretera para seguir su camino. Suárez metió una llanta en un bache y el auto rebotó. Armenteros no dijo nada. Le habían destinado a ese policía y quería que este lo asistiera de la mejor manera. Armenteros notó que el sol estaba bajando rápidamente. Con el atardecer, el olor que emanaba del pantano, iluminado por el ocaso, se había acentuado. Armenteros vio una fotografía que no había advertido antes, estaba en un marco de hule rosado pegado a las rejillas del aire acondicionado. Suárez se dio cuenta.

–¿Lo reconoce? –dijo.

Armenteros se acercó. Era una polaroid. En la fotografía había tres personas. Una era Suárez, otra, cayó en cuenta rápido, era el joven que les había abierto la puerta donde los Montes. Una mujer más joven que ellos dos completaba el trío.

–Es Julito Montes –dijo Suárez–, el hijo de don Abraham.

La mujer estaba al medio y los dos jóvenes la abrazaban. Estaban entre árboles, en un lugar con vegetación. Entre los troncos, atrás, se veía el pantano.

–No parezca tan sorprendido, detective. Los Montes nunca hicieron diferencia, siempre se juntaron con gente como yo o como Mandy. Aquí no hay las distin-

ciones de la ciudad. Con que uno sea honrado y trabajador es suficiente.

–¿Quién es la joven? –dijo Armenteros.

–Ella es Baby –Suárez se concentró en la carretera y sonrió. Mientras aceleraba miró la fotografía y otra vez la carretera–, la hija de don Abraham. Ángela. Le dicen Baby desde niña –pese al zarandeo del auto, Armenteros siguió mirando la fotografía–. Allá es.

Armenteros levantó la vista y vio, a través del parabrisas, una casa pequeña con tejados a dos aguas y las paredes sucias. Un policía se acercó al auto.

–Este está cuidando hasta que podamos revisar el cuarto –dijo Suárez antes de salir y cerrar su puerta con un portazo.

Armenteros bajó.

El cuarto donde estaba el cadáver era el del fondo. Armenteros entró. La mujer estaba desnuda, tendida boca abajo. No había sangre por ningún lado. Armenteros había imaginado harta sangre. Se acercó al cadáver. El cuarto olía a putrefacción.

–¿Hace cuánto está así? –dijo.

–La han encontrado ayer. Su mamá –dijo Suárez.

–Debe ser un día máximo –dijo el policía que custodiaba la casa.

No había pasado tanto tiempo.

–¿Han encontrado comida o algún animal? –dijo Armenteros.

–Nada –dijo Suárez.

–Y nadie ha sacado nada –dijo el custodio.

Debe ser el pantano, pensó Armenteros, ese olor a descomposición. Por la ventana se lo podía ver.

Se acercó al cuerpo. Lo tomó de un hombro y lo dio la vuelta. Pese al calor del ambiente, la piel estaba helada, Imaginó las miradas arrechas de los otros dos detrás de él, pero no era momento de pudores. La luz había menguado, así que Armenteros se acercó para poder ver mejor. Reconoció unos hematomas leves en el cuello y unos moretes a la altura de la mandíbula. Se podía casi confirmar que la muerte había sido por ahorcamiento. Debajo de la quijada reconoció excoriaciones en forma de uñas. Antes de ponerlo de nuevo boca abajo, le dio un vistazo a todo el cuerpo.

Armenteros se incorporó y desde el lugar en el que estaba, al lado del cadáver, comenzó a revisar el cuarto. Nada fuera de lo común. Los únicos muebles eran un ropero, una cama, que estaba hecha, y un escritorio con unos cuadernos y una taza con lápices. Armenteros se acercó al escritorio. Le pareció raro que estuviera tan ordenado. Abrió el cajón del medio. Abierto y vacío, un paquete de celofán plateado con letras verdes brillaba sobre la madera balsa.

-Suárez, ¿puedes mirar en el ropero? Tenemos que saber dónde está su ropa -dijo Armenteros.

Cuando Suárez se dio la vuelta, Armenteros tomó el paquete y lo metió en el bolsillo de su camisa, detrás del fajo de billetes.

-Nada, detective -dijo Suárez-. Todo ordenado y bien dobladito. ¿Vos no has tocado nada, no, cojudo? -el custodio se asustó, se justificó enredándose en sus palabras.

En ese momento, otra vez le rugió la panza a Armenteros. El silencio, no se había dado cuenta hasta ese

momento, había llegado con la oscuridad. La quietud de la naturaleza afuera lo sorprendió.

—Vamos afuera. Hay que buscar sus ropas —dijo Armenteros dando un paso sobre el cadáver.

Salieron de la casa. Cruzaron la carretera. Armenteros se acercó al pantano. Los otros miraban en la hierba y barrían el suelo con sus pies. Ya iba a oscurecer totalmente.

—Hasta ahí, nomás, detective. Se va a meter, si no —dijo Suárez detrás de él, a pocos pasos.

Armenteros no había notado la diferencia, pero, ahora que se había detenido, un metro más adelante vio cómo lo que había pensado que era pasto se movía de manera ondulante, como una alfombra. Imaginó la textura tersa. Más adelante la hierba crecía y, todavía más adelante, los retazos de agua verde se extendían por kilómetros. Un movimiento en el agua, un chasquido de la superficie rompiéndose, lo hizo trastabillar. Dio un paso y no pudo mantenerse de pie. Cayó y la mano derecha se hundió en la textura húmeda del pantano. Por suerte no se había metido entero. Al intentar sacar la mano mojada no pudo levantarla, algo la aprisionó. Hizo el intento una vez más y no lo logró. No quería que Suárez lo viera así, nervioso, suficiente era con la caída. En el tercer intento lo consiguió. Un limo verde cubría toda su mano y parte de la manga blanca.

—Lo ayudo —dijo Suárez.

Armenteros tomó su brazo con la mano libre y se incorporó.

—Qué mierda —dijo.

Suárez le dijo que en el bar de la plaza podrían

comer y tomar algo, que mañana seguirían. A Armenteros le pareció buena idea, a esa hora habían salido los mosquitos que empezaban a devorarlo y se moría por un trago. Se lavó la mano en una pila del jardín de la casa de Mandy Molina mientras Suárez lo esperaba en el auto con la luz prendida, mirándolo.

En el bar se sentaron en las mesas de la acera y pidieron comida y cervezas. Armenteros quería algo más fuerte, pero no quiso preguntar si tenían. Para comer pidió un hot dog. Se lo terminó en dos mordiscos y pidió otro, igual con otra cerveza. Suárez le hablaba del pueblo, algo de su vida, preguntaba poco. Armenteros no quería hablar, pero no tenía problemas con escuchar y con hacer alguna pregunta para que Suárez siguiera. Cuando le dio el primer mordisco al segundo hot dog se le chorreó mostaza en la corbata.

–Carajo –dijo–. Es mi única corbata.

Suárez le pasó unas servilletas y Armenteros frotó la mancha, esparciéndola.

–Por suerte he traído una camisa más –dijo y levantó el brazo que tenía la manga manchada de verde.

Se embutió lo que quedaba del hot dog y lo empujó con cerveza. Empezó a sonar “Por qué me abandonaste” de Paloma San Basilio. Pidió otra cerveza. Suárez ya no hablaba y eso estaba bien. Por suerte le llegó la botella mientras seguía la canción. El calor ya no era tan intenso y el sonido de los bichos le gustaba.

Desde la plaza un adolescente le empezó a gritar a Suárez. Lo llamaba por su apodo y lo demás que decía no se entendía. Estaba corriendo.

–Richi, ven, lo han matado al cura –dijo el ado-

lescente antes de llegar hasta ellos.

Ninguno de los dos reaccionó. Tardaron en entender.

–En su cuarto, al lado de la iglesia –dijo el adolescente.

–¿Qué? –dijo Suárez que ya se había levantado.

–En su casa, lo acaba de encontrar la doña Elena que le había llevado su cena. Se ha ido histérica a su casa y me ha dicho que te avise.

Armenteros secó lo que le quedaba en el vaso. Ahora sonaba “¿Quién te cantará?” de Mocedades. Traspiraba y sentía pesada la manga del brazo que se había metido al pantano. Tal vez podría pedir una cerveza más y acabársela de una.

–Qué jodido –dijo Suárez–. Vamos, detective.

Armenteros se paró y lo siguió. Ese momento sonó su celular. Contestó. Suárez no paraba y Armenteros tenía que dar unos saltitos para no alejarse mucho.

–Sara –dijo y escuchó en el celular–. Sí, Sara. Estoy en Puerto Montes –Suárez dobló una esquina y siguió por una calle sin iluminación–. Lejos, casi la frontera. He viajado harto. No tenían plata para avión.

Suárez se detuvo en la reja de una pequeña casita al lado de una capilla de fachada alta y blanca. Armenteros pudo escuchar lo que le gritaba:

–Acá, Armenteros, acá adentro es. Venga.

–Sí, pero voy a volver en avión, dicen. Directo me voy a ir para verte –dijo Armenteros en el teléfono sin detenerse–. Así es, pues, negra.

Cruzó la reja por la que había entrado Suárez. Para llegar al cuarto del cura había que pasar un peque-

ño patio que estaba en penumbras. Antes de responderle algo a Sara sintió el golpe. Le llegó de lleno en el ojo. Armenteros cayó de espaldas. Se cubrió la cara con las manos y se tumbó de lado. Escuchó pasos corriendo, no sabía hacia dónde.

–Detective.

Armenteros reconoció la voz agitada de Suárez.

–Detective, ¿está bien? ¿Qué le han hecho?

A Armenteros le retumbaba la cabeza.

–Mi celular –dijo.

–Detective, ¿está bien? –dijo Suárez.

Armenteros sintió que Suárez lo agarraba del brazo y empezaba a jalar.

–Muéstreme.

Armenteros hizo un esfuerzo y sacó las manos de su cara.

–No hay sangre –dijo Suárez.

Armenteros respiraba hondo. No quería ponerse a llorar.

–Mi teléfono –dijo.

Suárez lo soltó y se puso a buscar.

–No hay. Se lo ha debido llevar el que lo ha pegado –dijo–. He salido y he visto que le han pegado, pensé que era con algún puñal. Por suerte ha sido puñete, no más. Era un hombre alto. Se ha escapado. No he podido seguirlo.

Armenteros, que ya estaba sentado, se había vuelto a tapar la cara con las dos manos. Ahora sí lloraba, pero se tragaba sus sollozos para que Suárez no se diera cuenta.

–Se ha llevado su celular, no está acá.

Armenteros sintió que Suárez lo jalaba de un brazo. Hizo un esfuerzo y se incorporó. Se agachó y escupió.

–Estoy bien –dijo dándole la espalda a Suárez.

–Podemos ir donde el doctor o donde la enfermera.

–Está bien. Vamos, hay que ir a la escena del crimen. Adelántese Suárez, me tengo que limpiar la herida.

Suárez se metió al cuarto iluminado y Armenteros se sonó con su pañuelo. Se limpió las lágrimas con su manga y respiró tres veces. Antes de entrar al cuarto vio que del cerrojo de la puerta astillada colgaba un candado dorado. El candado estaba abierto. Armenteros trató de cerrarlo, no pudo, había sido forzado. Adentro, Suárez lo esperaba al centro del cuarto. El cadáver estaba en el suelo al lado de la silla del escritorio. La sangre cubría la cabeza calva con poco cabello a los lados. El cura estaba de civil, con un saco de lana y un pantalón. En la mesa frente a la silla había una máquina de escribir. A Armenteros le pareció anacrónico ese objeto.

Al lado de la cama, el cajón del velador estaba en el suelo rodeado de papeles revueltos. Armenteros se acuclilló cerca del cadáver. Le pareció claro que el motivo del deceso era la herida en la cabeza. Dedujo que había sido un golpe certero. En el cabello, y alrededor del hematoma, reconoció barro verde.

–Le han dado con una piedra del pantano –dijo Armenteros. Hizo un barrido de todo el cuarto– No veo el arma homicida. Tenemos que revisar el cuarto, pero se la ha debido llevar el asesino, el que me ha pegado.

Se incorporó y se acercó a la mesa. En la máqui-

na de escribir había una hoja con un mensaje mecanografiado que debió estar escribiendo el cura cuando lo atacaron. La hoja estaba arrugada y rota de un lado de la parte inferior, como si alguien hubiera querido arrancarla. Armenteros hizo girar el rodillo y la sacó.

CONTRATO DE SERVICIOS

Estimado señor,

A pesar de que lo que le pido no es legal (y es mejor dejar a los oficiales fuera de esto), estoy convencido de que usted preferirá pagarme la suma que le anoto en la tarjeta de cartulina que le hago llegar en el sobre con esta carta. Sé que mi accionar no es ni cauto, ni delicado, pero igual he decidido actuar, le ruego me disculpe. Como ya habrá visto, le mando también algunos originales, tengo otros yo, los más explícitos, para que vea que sería mejor evitar la incomodidad.

Agradeciendo su deferencia, me despido confiado de que no quedará que todo este asunto pase a mayores.

*Rvdo. Raimundo Aguilera
Hombre de Dios.*

Armenteros dejó la hoja al lado de la máquina. Se puso al lado del cajón que estaba en el suelo. Tendría que analizar los papeles desparramados.

–En el pueblo todos decía que el cura tenía harta plata guardada –dijo Suárez.

–La cosa es ver el lugar y el cadáver –dijo Armenteros–. El cuerpo del delito. La cosa es ordenar este

lugar desordenado.

Un hombre canoso con bigote entró al cuarto. Era bajo. Tenía una chamarra de cuero y jeans. Se presentó: era Gerbert Herrera, el jefe de la policía de Puerto Montes.

-Disculpe, detective, que no lo haya ido a saludar antes, pero Suárez me dijo que no iría a su hotel. Mañana lo iba a buscar.

Armenteros le dijo que no había problema.

-En realidad, ahora tenemos dos problemas -dijo Herrera.

-Uno -dijo Armenteros-. Mandy Molina y este cura son parte del mismo caso.

Herrera y Suárez se mostraron escépticos.

-¿Qué le ha pasado? -dijo Herrera apuntando con el dedo índice el ojo de Armenteros.

-El asesino le dio un golpe cuando estaba escapando -dijo Suárez-. Por suerte no pasó a mayores. Lo vi cuando se escapaba. Era un tipo alto.

-No es nada -dijo Armenteros mirando el cajón en el suelo. Respiro hondo.

Herrera se puso al lado de Armenteros.

-Tal vez quiera descansar. Con Suárez iremos a hablar con el Jirafales. Es un botero que vive en las afueras del pueblo. Es el más alto del pueblo -dijo.

-Puede ser que sea el Jirafales, aunque no era tan alto -dijo Suárez.

-No, puedo seguir. El golpe no ha sido nada -dijo Armenteros. El llanto casi lo venció de nuevo.

-Vamos a la comisaría, entonces. Ahí podemos seguir con los tragos mientras juntamos nuestras cabe-

zas para resolver el caso –dijo Herrera con un gesto que Armenteros no supo si era de burla o de complicidad.

Salieron de la casa del cura. En la calle no había ningún farol de alumbrado público y el cielo sin luna dejaba ver poco. Suárez prendió la linterna de su celular y alumbró el camino. Antes de irse Armenteros preguntó sobre la esterilidad de la escena del crimen y Herrera le dijo que por esa calle nadie pasaba. Que llegando a la comisaría mandaría a alguien para precintar el cuarto de Aguilera. Era la primera palabra procedimental que Armenteros había escuchado desde que había llegado: precintar. La comisaría estaba en la entrada del pueblo. Fueron a la plaza por el auto de Suárez y condujeron pocas cuadras hasta la comisaría. A Armenteros le dolía la cabeza, era la mezcla de una resaca acelerada y del golpe en el ojo, que se le había hinchado, le costaba parpadear. Cuando bajaron del auto, intuyó la presencia del pantano que se extendía al otro lado de la carretera y que no veía. Trató de escuchar los sonidos de la naturaleza y nada, como si el pantano se tragara el ruido.

Herrera le dijo a Armenteros que se sentara en el sillón que había en su oficina. Sirvió tres vasos de singani y los repartió. Él se sentó sobre su escritorio, Suárez permaneció parado, apoyado en el marco de la puerta.

–¿Por qué dice que los dos crímenes son el mismo? ¿A Mandy Molina la ahorcaron y al cura le han roto la cabeza? –dijo Herrera.

–Porque a los dos los ha matado la misma persona –dijo Armenteros. El ojo se le había hinchado y ya no lo podía cerrar. También se le había empezado a moretear. Cuando dejó el vaso vacío sobre la mesita que

estaba frente a él notó la mancha amarilla de su corbata. Trató de limpiarla con la uña-. Y los dos han sucedido en menos de cuarenta y ocho horas. Yo no creo en coincidencias.

-Pero existen -dijo Herrera-. ¿No se estará imaginando cosas? El golpe fue fuerte. Para qué enredarse gratis.

Herrera tomó un trago que le raspó la garganta, hizo una mueca.

-Suárez, vaya a buscarla a la señora Elena -dijo Herrera-. Que le explique bien cómo lo ha encontrado al cura y demás.

Suárez dejó de recostarse en el marco de la puerta. Estaba por darse la vuelta cuando habló Armenteros:

-No es necesario, Herrera. La doña debe estar durmiendo, mejor no molestarla. Mejor sírvame un vaso más mientras hablamos sobre los casos. Ya hemos visto los dos lugares y los dos cadáveres.

Herrera llenó el vaso de Armenteros.

-Ahorita mismo capaz se pueden estar robando todo del cuarto del cura o pueden estar manipulando la escena del crimen y nosotros estamos acá dialogando y tomando -dijo el detective-. Yo no quiero meterme porque ustedes sabrán mejor cómo funcionan las cosas acá, pero no se olviden que yo también soy la ley. Capaz no somos el mismo tipo de ley, pero estamos de ese lado. Si le parece, que vaya Suárez donde la señora, pero me parece que ya sabemos suficiente.

Herrera manifestó su duda sobre la naturaleza misma de los crímenes. Para él un crimen había sido sexual, el de Mandy, alguien la había querido violar y ella

se había defendido; el otro, el del cura, había sido por robo.

–Ya sabe, detective, el salvaje oeste de los pueblos, diría usted –dijo Herrera.

–Sí, puede ser –dijo Armenteros. El morete de su ojo resaltaba en su cara que había enrojecido.

Los tres vasos estaban vacíos. Herrera no hizo ningún gesto de querer rellenarlos. Otra vez la panza de Armenteros rugió. En el silencio de la oficina y de la calle, retumbó como si un sapo estuviera croando.

–Es mi gastritis. Me acompaña desde que era niño. Ha sido mi karma.

No lo había sido tanto, lo sabía Armenteros, pero había usado de excusa su condición para librarse de muchas obligaciones y trabajos. Se incorporó.

–Vamos, estos crímenes no se van a resolver solos –dijo.

Herrera y Suárez lo siguieron a la calle. En la puerta de la comisaría se reunieron en ronda para decidir qué hacer. Armenteros tomó el mando.

–Suárez, usted vaya a custodiar el cuarto del cura. Que nadie saque nada. Revise si alguien ha entrado. Si el atacante vuelve, dispare.

Suárez miró a Herrera, que movió la cabeza asintiendo.

–Herrera, usted me acompañará donde los Montes.

–¿A la casa de los Montes? –dijo Herrera–. ¿A esta hora? Está loco. A don Abraham no le va a gustar nada.

–Lo sé –dijo Armenteros–, quiero preguntar una cosa.

-¿A quién? -dijo Herrera-. Podemos ir mañana temprano.

-No -dijo Armenteros-. Capaz ya va a ser tarde. Es solo una pregunta. Mañana seguiremos con la investigación.

Suárez caminó hacia su auto. Se subió. Prendió las luces y se quedó un rato con el motor encendido. El interior del auto también estaba iluminado. Suárez lo miraba a Armenteros. Los faroles del auto iluminaban la carretera. Todo lo demás estaba a oscuras. Partió de rrapando.

Antes de entrar al auto de Herrera, aparcado en el garaje a un costado de la comisaría, Armenteros se vio en el retrovisor de la puerta: su ojo morado, la corbata desajustada y con la mancha amarilla y el pelo pegado a la cabeza. Un poco más, pensó, un poquito más.

Manejaron por la carretera oscura flanqueados por la vegetación y el pantano. Armenteros no sabía dónde estaban, no reconocía nada de lo que había visto con la luz del sol. Luego de un trecho en silencio, Herrera habló:

-Espero que sepa lo que está haciendo.

-Sí.

-Nos estamos metiendo en un lío.

-Será un momento. El crimen del cura ha apurado las cosas.

Herrera aceleró un poco más, ya no evitaba los baches.

-No quería que Suárez viniera con nosotros porque fue él quien me atacó, él me dio el puñete.

Armenteros vio de reojo que Herrera no miraba

la carretera, pese a que no había reducido la velocidad, si no que tenía lo observaba directamente.

–No hubo nunca ningún tipo alto. No pudo haberlo. Yo me retrasé. Si alguien estaba oculto en el jardín para atacar a quien entrara, le hubiera pegado primero a Suárez, no podía saber que yo venía detrás. Además, al cura lo habían matado hace rato. Hasta vino ese chiquito a avisarnos. ¿Por qué se quedaría tanto tiempo?

Herrera giró la cara hacia la carretera de tierra roja iluminada por los faros del auto. A lo lejos Armenteros vio las luces de la casa de los Montes y se tranquilizó un poco.

–¿Suárez mató al cura? –dijo Herrera.

–No, lo hizo su cómplice, Julio Montes. O Baby Montes, uno de los dos hermanos. Si tengo que apostar, diría que es Julito.

Las arrugas de la cara de Herrera se acentuaban en la penumbra, tenía los labios en puchero y parecía que mordía su mejilla por adentro de la boca.

–Yo sé que usted no sabía, Herrera. Me imagino que les ha socapado un montón de cosas a los Montes, pero de esto no estaba enterado. No se preocupe.

–¿A Mandy la mataron ellos?

Armenteros pensó que el camino hacia la casa era en línea recta, pero empezaron un rodeo. El pantano, pensó.

–Sí. En su cuarto, en un cajón que nadie había revisado, encontré un paquete de fotografías polaroid. Estaba abierto y vacío. Suárez tiene una fotografía de él con Baby y Julito que es reciente. Cuando la recordé, me pregunté quién la había sacado. Mandy fue la fotógrafa.

Eso quiere decir que ella tenía la cámara, aunque no la encontramos en su cuarto. Se la debió regalar uno de los hermanos Montes.

–Aunque no le gustaba a don Abraham, Suárez salía con Baby. En el pueblo se decía que, en realidad, eran un trío con Julito más. También decían que Julito era amante de Mandy.

–Algo así pensé. No sé cómo será. Pero a Mandy la mató Suárez o, tal vez, Julito, yo diría que el primero. Recién me di cuenta en el cuarto del cura. ¿Le conté de la carta que estaba escribiendo el cura y quedó en la máquina de escribir?

Herrera no contestó.

–Era una nota de chantaje. Dirigida a Abraham Montes, el único que podía tener el dinero para pagar algo así. Como Suárez llegó antes quiso arrancarla, no pudo, no sabía cómo funciona una máquina de escribir antigua y la página se atascó, estaba jaloneada. Por suerte llegué rápido. El motivo no era la plata, se podía ver que el cura vivía en la miseria. El cura Aguilera tenía las polaroids de Mandy, no sé cómo pudo obtenerlas. Capaz Mandy se confesó y él vio la oportunidad o capaz ella confió en él como su red de seguridad.

Pasaron la portada de la hacienda, el arco coronado con el apellido de la familia.

–Pero todo esto son suposiciones –dijo Herrera.

–Tengo el sobre de las polaroids acá –golpeó el bolsillo donde estaba la plata y el paquete–. En la nota de la máquina de escribir Aguilera habla de fotos explícitas. Ese era el chantaje, fotografías sexuales de los hijos de Abraham Montes.

-¿Y por qué matarla a Mandy, entonces?

-Me imagino que ella quiso hacer lo mismo. O que ya no quería jugar con los otros tres. No sé.

Armenteros se calló en media frase. El auto de Suárez brillaba en la puerta de entrada de los Montes. Herrera detuvo su auto detrás de este. Luego de mecerse para impulsarse, Armenteros salió del auto y trotó hacia la puerta de entrada. No estaba cerrada. Entró gritando el nombre de Julio Montes y luego el de Suárez. Herrera lo alcanzó y lo tomó del brazo.

-¿Qué carajos pasa? -Abraham Montes gritó desde el segundo piso.

-Buscamos a su hijo -dijo Armenteros.

Abraham Montes bajó las gradas, estaba en pijama, cubierto por una bata de seda con motivos chinos.

-Armenteros, le dije que lo apoyaría, pero esto es demasiado.

-Su hijo es culpable de asesinato.

-No se pase, detective.

Armenteros tomó el dinero del bolsillo y se lo lanzó al pecho. Escucharon en la entrada el rugido de un motor que se encendía. Armenteros avanzó dando saltitos hacia la puerta. Suárez había prendido su auto y ahora arrancaba; a su lado, de copilota, iba una mujer: Baby Montes. Armenteros le gritó a Herrera que tenían que seguirlos. Herrera dudó, pero en pocos segundos se subió a su auto y cuando Armenteros estuvo adentro aceleró en persecución de Suárez y Baby.

El auto fugitivo a penas se veía, Suárez manejaba sin las luces encendidas.

-Acelere, Herrera -dijo.

Armenteros se dio cuenta de que eso era lo que hacía Herrera, así que no dijo más. Cuando se acercaron al auto de Suárez, este hizo una maniobra mala, rebotó en un bache, perdió el control y giró bruscamente hacia la izquierda, en dirección al pantano. El auto se metió de lleno, levantó una cortina de agua verde. Herrera pisó el freno y el auto se detuvo desplazando las llantas unos centímetros sobre la tierra roja. Salieron y se acercaron a la orilla.

–Hay que sacarlos –dijo Armenteros, a punto de lanzarse al pantano.

–Deténgase, Armenteros. No se atreva a meterse al pantano. No va a salir. De verdad. –dijo Herrera–. Estoy llamando a la grúa.

El coche de Suárez había desaparecido. La superficie del pantano había vuelto a su quietud, como si al caer el auto se hubiera abierto un rato y luego cerrado.

La grúa tardó casi una hora y con ella llegaron dos patrullas. Él había esperado sentado al costado del camino. Herrera lo había hecho en su auto, dormitando. El cielo empezó a clarear y la oscuridad era más transparente. El sol salía a espaldas de Armenteros. La luz naranja y la fresca de la brisa no le dieron sosiego. Le dolía la cara y ahora no veía nada con el ojo moreteado. Levantó su corbata y la inspeccionó con el ojo bueno. La mancha de mostaza se había oscurecido, parecía rancia. Había levantado la corbata con la mano que se había metido al pantano, la manga verde seguía igual de marcada y la mano le picaba.

Las patrullas se detuvieron al lado del auto de Herrera, que charló con los policías. Armenteros no es-

taba para explicaciones. El chofer de la grúa, que tenía la cara cubierta con cicatrices de granos y la nariz deforme, hizo malabares para enganchar el auto de Suárez pero lo logro. Se había metido al pantano y Herrera no había hecho ningún gesto para impedirlo. Accionó el mecanismo de la grúa y lo primero que Armenteros vio fue la baulera del auto. Luego apareció toda la carrocería cubierta del musgo verde que flotaba encima del pantano. De la ventana del conductor colgaba el brazo de Suárez. No pudo ver a Baby en el asiento del copiloto. Con un sonido metálico, como el de un golpe de cañerías, el gancho se soltó y el auto de Suárez volvió a hundirse en el pantano.

-Carajo -dijo Armenteros.

Herrera se acercó a él.

-Julio Montes ya debe estar lejos del pueblo. Don Abraham amaba a su hija, más que a nada -dijo.

-La ley es la ley -dijo Armenteros.

-No, Armenteros, y usted lo sabe -luego lo vio directo a los ojos-. Tendrá que probar todo lo que me ha dicho. Yo me limpio las manos.

-Tengo el paquete -dijo Armenteros golpeando el bolsillo de su camisa. Dentro de este nada ofreció resistencia, había golpeado su pecho, nomás. Metió la mano, el bolsillo estaba vacío. Recordó, como un destello de la resaca, el momento en que envalentonado le lanzó los billetes a Abraham Montes. También le había lanzado el paquete plateado.

Herrera leyó en el rostro de Armenteros la derrota. Le pasó un fólder.

-Me ha entregado esto uno de los oficiales que

han llegado en las patrullas.

Armenteros abrió el fólder. Al medio solo encontró una fotografía: Baby Montes, disfrazada como la reina del carnaval, sonreía. Armenteros lanzó el fólder a la hierba. La humedad lo había invadido todo. El cielo cambiaba rápidamente de color, ahora un morado claro remarcaba la presencia de algunas nubes. Armenteros transpiraba peor que el día anterior. Pasó los labios por su bigote, el sabor amargo de su sudor casi lo hizo vomitar. Se aguantó.

Unos metros más allá, Herrera hablaba por celular. Caminó hacia Armenteros extendiendo el teléfono.

-Es de la ciudad -dijo.

Armenteros lo agarró y escuchó.

-La has cagado, Armenteros -dijo al otro lado de la línea su superior, el que lo había mandado a Puerto Montes-. Cuatro cadáveres en un día.

Armenteros no respondió. Por la carretera vio un auto negro que se acercaba. En el auto pulido rebotaban las luces de las patrullas que giraban.

-Estás fuera del caso. Te voy a asignar otro. Lejos. Tienes que ir directo. No vas a volver acá por un buen tiempo.

-No puede hacerme esto. He hecho mi trabajo, nomás. Voy a dejar la fuerza si me obligan.

-Cómo quieras, Armenteros. Si no quieres, avísas con tiempo. Luego de esto, te vas a acostumbrar a viajar seguido. Agua Oscura es peor que Puerto Montes, allá tal vez aprendas a no joder -dijo su superior. Antes de colgar se calló unos segundos y luego siguió-. Don Abraham es un gran amigo. He estado en Puerto Montes

varias veces, por eso tomé personalmente el caso. Me equivoqué con vos. Una cosa más: el pantano no se va, por si acaso, no te libras así nomás de él. Ese es mi único consuelo.

Aunque ya le habían colgado, Armenteros seguía con el celular pegado al oído, no lo quería bajar. La ventana trasera del auto negro bajó. Desde ahí sintió como cuchillas los ojos fríos de Abraham Montes que lo miraba sin pestañear. Sus facciones del rostro estaban chorreadas y marcadas. Se acercó a Herrera y le devolvió el celular.

–No sé si me convence tu versión –dijo Herrera.

Armenteros giró para ver el auto de Abraham Montes, ya no estaba. No había terminado de aclarar. El calor hacía que del pantano subiera una niebla tenue. Las estelas vaporosas del pantano le parecieron a Armenteros que tenían formas de personas, varias personas que flotaban sobre el agua estancada y la hierba a esa hora del amanecer. La mano le empezó a picar, como un hormigueo de adormecimiento. Las luces de las patrullas seguían girando. En la radio del auto de Herrera empezó a sonar “Los hombres no deben llorar” de King Clave. Armenteros se frotó la mano, en ella reconoció lunares verdes. La mancha de la manga estaba húmeda, como si recién se hubiera mojado.

***EL
PANTANO***

**MAURICIO
MURILLO**
